



POR FALTA DE FONDOS

L ayuntamiento confiesa que las calles que necesitan reparación de empedrados son 143, las que lo necesitan nuevo 345; las que demandan urgente compostura, 117; las que necesitan terraplén, 317; banquetas, 425, y las que necesitan atargeas, 379.

Sumados estos números, dan un total de 1,735 calles, ó sea todo México y algo más; y no siendo aventurado calcular un gasto

de diez mil pesos para cada calle, por término medio, supuesto que más de la mitad de este total de calles necesitan empedrado, banquetas y atargeas, resulta que para que México tenga pavimentos, debe gastar la suma de 17.350.000 pesos y sostener un gasto anual de conservación, á lo menos, de 500.000 pesos.

Confesó en enero de este año la Comisión de Obras Públicas que el canal de la Viga, que vá hasta el lago de Texcoco, está tan azolvado, que su fondo está más alto que el de las atargeas que deben desaguar en él, y que en lugar de desazolvarlo procedió á levantar el piso de las calles. ¡Supremo recurso de esta espléndida ciudad que se sumerge día á día en su propia inmundicia!

Está averiguado y declarado fuera de toda duda, que las zanjas de los puentes de Santa Ana y Tezontlale, están en el último grado de azolve y repletas de enormes cantidades de materias orgánicas en putrefacción, siendo el foco de las enfermedades reinantes al Norte de la ciudad. Cegar esas

zanjas para salvar algunos miles de vidas, es una de esas emergencias que no necesitan ni discusión ni admiten demora. El ayuntamiento se ha conformado con declarar desde enero que no hace la obra *por falta de fondos*.

Los canales de desagüe entre Balbuena y puente de Guadalupe, entre Aragón y el lago de Texcoco y entre la Viga y la Magdalena, demandan urgentemente su desazolve, pero el ayuntamiento no ha emprendido esa obra *por falta de fondos*.

La misma comisión de ríos y acequias, presupuestó en Enero en..... 3.500.000 pesos las obras de desazolve de zanjas y canales y nada ha podido hacer en los seis meses transcurridos *por falta de fondos*.

Escasamente bastarán veinticinco millones de pesos para cubrir las necesidades de la ciudad, si ella ha de ser el emporio del adelanto del país, la residencia de los poderes y la primera de las capitales de la América latina.

En la marcha irregular de nuestro pro-

greso, y al efectuarse el movimiento inusitado que han impreso al país la paz y los ferrocarriles, el ayuntamiento de México se ha quedado rezagado entre los expedientes vireynales, á tres siglos de fecha, y con su pequeña bolsa en la mano asoma la cabeza por entre los enmohecidos barandales de su palacio, azorado de ver tanta gente y abrumado con el peso de tantas necesidades que no puede satisfacer.

No basta que los ingresos municipales hayan aumentado por su propia virtud ó debido solo al aumento natural de contribuyentes, porque las necesidades han aumentado cuatro veces más y el millón de pesos de que dispone esta corporación no es ni la cuarta parte de lo que necesita solo para cubrir los gastos ordinarios y de conservación.

Las condiciones en que se va colocando de día en día el Ayuntamiento de México van siendo de tal naturaleza, que el remedio de sus males no puede ya surgir de su propio seno. Es una corporación menor de edad,

impotente por su naturaleza, transitoria por su duración y bajo todos conceptos impotente para remediar el cúmulo de males que acrecen y se agravan con solo el transcurso de los días. Va á llegar á la mitad de su período, para esperar estóicamente su agonía, entregando al de 1884 la ciudad en un estado más precario, por más que presente justificada la cuenta de sus inversiones y de sus ingresos.

Este desprestigio en que ha caído el ayuntamiento, lo pone á merced de otra entidad de nueva creación entre nosotros.

Ya nuestro ayuntamiento hace el papel de pobre y de resignado ante la compañía de ferrocarriles del Distrito y en un informe de la comisión de Obras Públicas se lee lo siguiente:

«Entre las obligaciones de las compañías de ferrocarriles del Distrito y de las tranvías, están la de hacer la limpia de las atarjeas de las calles por donde pasan los rieles y de cambiar el nivel de éstos cuando cambie el de la calle, empedrando la parte

comprendida entre los rieles y un metro á uno y otro lado de la vía. La dirección de Obras Públicas y la comisión que suscribe dan siempre á tiempo el aviso para que se ejecute uno ú otro trabajo cuando es necesario, pero las compañías ponen tan poca gente en los trabajos, que muchas veces no alcanza el tiempo para que la limpia de las atargeas se lleve á cabo antes de la estación de lluvias. Esto origina que gran número de calles se inunden por falta de corriente en las aguas, que en todo tiempo se revienten las atargeas y los albañales y que las calles estén muy apestosas por los charcos que se forman en ellas. Como ni la comisión que suscribe ni la dirección de Obras Públicas tienen los medios para hacer cumplir á las empresas, solo se limita á dar cuenta al cabildo.»

Muy moderada anduvo la comisión en su anterior informe respecto á la empresa del ferrocarril. Nosotros como testigos presenciales de la limpia hecha por esa empresa en la segunda calle del Correo Mayor pode-

mos asegurar que dicha limpia fué solo un simulacro para aparentar que cumple con lo que tiene estipulado, porque el resultado inmediato de esa obra fué el azolve completo de la atargea y la inundación perenne de la calle, seca y en corriente antes de recibir los señalados favores de la poderosa empresa contra quien nada puede el pobre ayuntamiento.

Sin necesidad de muchos cálculos ni de muchos datos estadísticos, está á la vista de todo el mundo que las necesidades municipales crecientes de nuestra ciudad demandan un gasto cuatro veces mayor que los actuales fondos de que se dispone; y todo lo que no sea abordar la cuestión de fondos hasta resolverla, es perder el tiempo ó gastarlo en hacer redondillas por este estilo:

La comisión propuso el remate de compostura de calles.
El cabildo se sirvió aprobar (¡qué bondadoso!)
Todo iba hasta aquí á las mil maravillas.
Pero no se pudo hacer nada *por falta de fondos.*

Otra.

El señor gobernador hizo iniciativa res-

pecto á obras públicas de imprescindible necesidad.

La comisión, entusiasmada, pidió al cabildo que esas obras se llevaran á cabo.

El cabildo, con un patriotismo espartano, aprobó por unanimidad.

Todo había salido hasta aquí á pedir de boca.

Pero acto continuo todo eso quedó convertido en música celestial, *por falta de fondos.*

Estríbillo.

El señor gobernador, la comisión y el cabildo sabían como nosotros antes de la iniciativa, antes del dictamen y antes de la aprobación *que no había fondos.*

Coro.

Los periódicos ponen el grito en el cielo.

Las comisiones proponen.

El cabildo aprueba, con largueza, con

patriotismo y con la mejor intención del mundo.

Desenlace.

Nada se puede hacer *por falta de fondos.*

La creación de fondo municipal competente y á la altura de las necesidades y peligros de la capital, es la cuestión de más trascendental importancia que puede ofrecerse á la ilustración y al patriotismo de los habitantes todos de esta ciudad encenagada.

Mientras más importancia se conceda á la erección de vías férreas en la República, mayor será la que adquiera la creación de fondos municipales.

Los ciudadanos pueden existir como tribus nómadas y volver al estado primitivo. Los pueblos cortos pueden vivir, como viven á miles, en estado semisalvaje, casi sin agua, sin albañales y sin obras de ornato; pero la capital de la República tiene y debe vivir forzosamente gastando lo que necesite en su dispendiosa subsistencia, so pena de

presentar ante la civilización el mas grotesco é imperdonable contraste.

La cuestión de arbitrios municipales es cuestión de vida, en que se interesa el estímulo de la propia conservación de los trescientos mil habitantes que forman el centro más populoso y más ilustrado de la República, es cuestión de patriotismo y de decoro, y apremiante en los momentos de abrir nuestras puertas á la inmigración europea y de hacer cuantiosos sacrificios para la colonización artificial.

Esta hermosa capital, está en vísperas de una inundación de peor género de cuantas han diezmado otras ciudades, porque habremos de hundirnos en una gran letrina, preparada durante muchos años, y mientras alumbramos nuestras miserias municipales con torrentes de luz eléctrica, mientras arden cien picos de gas todas las noches en el kiosko de la plaza inútilmente, mientras gastamos los escasos fondos del municipio en dar banquetes á quien no los ha menester, y edificamos rotondas de fierro y de

crystal para las indias, y elevamos monumentos detestables á una piedra vieja y de dudosa procedencia; el cieno del canal de la Viga, levantándose lentamente como una serpiente negra y gigantesca, se hincha hora por hora para convertirse en una muralla insuperable que hará de la ciudad la inmensa cloaca de la muerte.

¡Que no haya luz eléctrica, que no haya gas, que no haya kioskos, que no haya banquetes, que no haya fuegos artificiales; que valga doble el pan y tres veces más el aguardiente, que demos cada cual el diez por ciento de nuestro haber de un mes; todo es menos malo, todo es preferible al riesgo que corremos de la inundación, á la peste, á la inmundicia, á las perniciosas, al agotamiento de las familias y de la raza, á la destrucción y á la muerte.

¡Fuera la apatía! ¡fuera el *statu quo*! ¡fuera las contemporizaciones y las pequeneces! ¡Las dragas! ¡las bombas! ¡el vapor! y tres mil hombres! ¡Paso á la inmundicia! ¡paso al negro cieno en que vivimos! ¡Aseo

á nombre de los derechos de la civilización!
¡Salubridad á nombre de nuestros derechos
de vida! ¡Higiene á nombre de cien mil
deudos que después de dejar á sus muertos
en las lomas regresan á la cloaca donde les
espera la muerte!....

Ya ve usted todo eso, lector? ¿ya se pe-
netró usted de nuestra desgraciada situa-
ción? ya le pasó á usted por las mientes la
negra idea de que su hijo de usted ó su
esposa pueden caer mañana envenenados
por la perniciosa ó por el tifo? ¿ya se formó
usted una idea del albañal en que vivimos
y del peligro inminente de una inundación y
de la urgente necesidad de sanear la ciudad?
ya se hizo usted el ánimo de dar lo que
le pidan, de hacer un sacrificio para coope-
rar al saneamiento? Pues ayúdeme usted á
sentir, por que predicamos en desierto. Es-
te artículo pasará completamente desaperc-
cibido y los personajes que pudieran po-
nerse al frente de esta situación para con-
jurarla, esclamarán, tal vez con el tifo en
las narices: cosas de FACUNDO.





EL TRABAJO Y LA PEREZA

L trabajo es la bendición de los hombres, por más que haya quien lo tome en el sentido diametralmente opuesto. Todo trabaja sobre la tierra, en los senos del mar y en los espacios infinitos; y sin embargo, hay sobre la superficie de nuestro planeta, y entre nosotros precisamente, dos grupos que se empeñan en contrariar esta ley universal. Estos dos grupos son el de los muy ricos y el de los

muy pobres. Los primeros, repitiendo aquello de *hago bien, tengo dinero*, trabajan en gastarlo y en gastarse á sí mismos; y los segundos emprendiendo el trabajo de gastar la vergüenza, trabajan en gastar el dinero de los otros.

Hé aquí cogidos á los flojos por la ley del trabajo, por más que hagan alarde de que viven sin trabajar. Conozco un mocho muy encopetado, cuya vanidad consiste en que nunca ha trabajado para vivir, porque, según él dice, sus padres le dejaron muchos pesos, y es cierto; y una buena educación, y también es cierto. Esta buena educación consiste en muchas cosas; pero en las que se hace prominente, es en que no lo deja á usted pararse, ni moverse, ni respirar; lo coge á usted entre las páginas de su cartilla de urbanidad y lo tiraniza con sus cumplimientos. Le saluda á usted, le tiende la mano, se la aprieta, le coge á usted el sombrero y el bastón, y le obliga á usted á sentarse. Toma él la palabra, le pregunta á usted muchas cosas, exige que le dé usted

cuenta de su mujer, de cada uno de los niños y de cada una de las enfermedades que les aquejan; le dá á usted cigarro y después la lumbre, y no permite que usted reciba el cerillo, ni encienda primero, ni en compañía de usted, sino después, y le da las gracias á mayor abundamiento.

Si usted se para por cambiar de postura, ó porque le da la gana, ese señor le suplica á usted que se siente.

—Estoy bien, muchas gracias.

—Pero siéntese usted, repite.

—Lo hago por cambiar de postura.

—No se moleste usted; sentado, mi señor, sentado.

Y tiene usted que obedecerle y sentarse para librarse de sus cortesías.

Este señor, como no tiene qué hacer, oye su misa todos los días en el Señor de Santa Teresa. Visita á Nuestro Amo, va al paseo en coche, y se recoje temprano; no se ha casado, y es todavía lo que se llamaba en tiempo de la güera Rodríguez *un coto-rrón*.

Este cotorrón es de los que creen que no les ha alcanzado *la maldición del trabajo*, y está listo para morirse á cualquiera hora que se ofrezca.

Entre los del otro grupo, los mendigos son los que figuran en primera linea.

Mío es el mundo, como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo,
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.

Estos prójimos resolvieron una vez por todas la difícil cuestión de vivir; y viven con el menor trabajo posible y suele sobrarles; en contraposición de los muchos que trabajan y siempre les falta. Mientras el trabajo incesante del género humano aumenta la riqueza, el bienestar y las comodidades, los ricos y los mendigos perezosos permanecen estacionarios. Pero aún entre los que trabajan pueden establecerse diferentes grados de actividad. Nosotros

hemos podido observar al obrero americano del Norte en las grandes fundiciones de fierro de Pittsburg, St. Louis Missouri y Kentucky representando sin duda la mayor suma de trabajo rudo y de fuerza física que puede soportar el hombre durante el mayor tiempo posible; y el desarrollo de la fuerza muscular en tan rudas é incesantes faenas hace de aquellos hombres, especialmente en Kentucky, verdaderos atletas. Estos son los reyes del trabajo, y de cuyas manos sale, como la seda de la boca del gusano, la maravillosa red de hierro que ha engrandecido á la Unión americana.

El espectáculo que presentan aquellas fundiciones nos transporta á las fabulosas fraguas de Vulcano. En aquellas inmensas galeras, cruzadas en todas direcciones por las poleas y las agujas colosales, por las ruedas dentadas y los ciclópeos martillos de vapor, reinan, como las tres divinidades de aquel olimpo negro, el hierro, el fuego y el hombre.

Ninguna de las fases del trabajo humano

es más grandiosa, en ninguna parte aparece el hombre más grande por su facultad creadora y por su fuerza física que ante aquellas hornallas en que hierven toneladas de fierro, como en el centro del planeta; en que chisporrotea el metal, con chispas mortales, en cien cráteres artificiales, de donde aquellos gigantes del trabajo lo toman en trozos de cuatro toneladas al rojo blanco, para entregárselo, como un bocado, á una mandíbula circular, que lo masca como masca el chicle un muchacho. Aquel bocado incandescente, se encuentra cogido por dientes romos contrapuestos que pasan unos delante de otros en movimiento concéntrico, con una fuerza irresistible; la bola de fuego se achata, se comprime, se estira, y se retuerce en sí misma, amasada por aquellas encías y aquellos dientes gigantescos. Hay no sé qué placer, que participa de lo salvaje y de lo sublime, en contemplar aquella máquina que es la boca de un monstruo de inconcebible fuerza, mascando un bólido incandescente de cuatro tonela-

das de peso, hasta devolverlo maleable y dócil para la segunda operación.

El monstruo deja de mascar casi á una señal del hombre. Se vé entonces como con lástima al tejo enorme, cuyo rojo ha perdido el blanco resplandeciente, y es condenado al fuego nuevamente: una tenaza suspendida lo recibe, y una cabria automática lo coloca sobre los rieles á tres metros del suelo; entonces un muchacho tirando de una cadena lo conduce á otro horno, á recobrar el rojo blanco. Apenas ha tomado esta satánica palidez, es sacado del horno y entregado á un nuevo tormento: á una máquina que ejecuta los movimientos del pulgar y el índice de la mano de un hombre para amasar una bolita de miga de pan. El invisible vapor le está dando á aquellos dedos el poder de hacer cilíndrico el *bólido*, que parece llorar lágrimas de fuego, y cuando está achatado y angosto entra en la gran máquina que lo estira con un poder admirable, haciéndolo pasar por un ojo en forma de *T*, hasta soltarlo hecho un riel que cae

á tierra y descansa, como debe haber descansado el granito hirviendo un día del génesis, después de haber poblado los espacios con sus gemidos espantosos y sus infernales chisporroteos.

Estas transformaciones del hierro llevadas á cabo en proporciones colosales por la mano del hombre, presentan uno de los cuadros más interesantes y dignos de contemplarse. Yo veía con amor á aquellos cíclopes, me inspiraban no sé qué clase de veneración, como si fueran los sacerdotes de un templo, que tenía por culto el porvenir de la humanidad. Ejercían cierto poder misterioso sobre la materia bruta, se hacía abstracción de la fuerza del vapor, tanto más cuanto que esa fuerza era invisible, y solo se veía el hombre delante del fuego y del hierro. Se miraban por todas partes hacinamientos de lingotes fríos y las bocas de fuego que iban á devorarlos, haciéndoles retroceder á cien mil años cuando hervían confundidos en las entrañas de la tierra, para pasar por una serie de tormentos, que

representan en el conjunto de aquella maquinaria gigantesca, todas las conquistas de la ciencia sobre la materia inerte.

Cada máquina de aquéllas era un portento mecánico; pero sobre lo que me llamaron especialmente la atención aquellos cíclopes fué sobre el majador mecánico, esa máquina que hacía las veces de las quijadas de un gigante, mascando un trozo de hierro de cuatro toneladas. Se trataba de majar un trozo tal, que los martillos de vapor eran apenas suficientes, cuando surgió el majador circular, compuesto de las piezas de acero más pesadas que se hayan fundido, y empleando la mayor cantidad de fuerza que haya podido concentrarse en tan limitado espacio y en movimiento tan sencillo. Esta máquina era la admiración de los trabajadores, y la había inventado una mujer. Se presentaba á la imaginación no sé qué dantesco antítesis en la debilidad del bello sexo y la espantosa fuerza de aquella dentadura de acero.

*
* *

Quien había de creer que los anteriores recuerdos se despertaron en mi memoria al fijar la atención en una cuadrilla de operarios pagada por el ayuntamiento, y que trabajaba en empedrar la segunda calle del Correo Mayor!

Estos son otra clase de obreros, que, como descendientes de los que edificaron las pirámides de Teotihuacán, conservan en los glóbulos rojos de su sangre una muda protesta contra la civilización europea.

Parece que en la necesidad de buscar pan se resignan al trabajo, pero obedeciendo á la consigna de hacer lo menos posible en el mayor tiempo posible. Son quince hombres, tres de ellos de más de cincuenta años y cuatro muchachos de diez y ocho á veinte y uno. Han permanecido tres días frente á mis balcones, y han hecho de cuatro á cinco varas cuadradas de empedrado. Suponiendo que hayan ganado tres reales diarios, han costado al fondo municipal esas cinco varas de pavimento \$16,86 ó sean á \$3,36

cs. vara cuadrada, con cuyo costo había para alfombrar la calle.

El procedimiento empleado por la cuadrilla ha sido el siguiente: cuatro hombres estaban provistos de martillos con picas, apropósito para colocar la piedra, cuatro tenían pisones y cuatro tenían palas, los tres restantes tenían costales y manejaban una carreta.

Esta cuadrilla estaba vigilada por dos gendarmes, que me parecen tan instruidos en empedrados como en logaritmos.

Mientras no aparecía la carreta con tierra seca ó con cascajo, los doce hombres holgaban, y quedaban los viejos en cuclillas rascando la tierra, como ratones, con más ganas de dormir que de rascar.

Cuando llegaba el cascajo, que era la cuarta parte de lo que podía contener la carreta, se ocupaban dos hombres en llenar los costales y dos en vaciarlos. Entonces los cuatro empedradores empedraban haciendo oír el ruido del martillo sobre la piedra á intervalos irregulares de 5 á 20 segundos. Los de

las palas volvían á descansar, y los de los pisones seguían esperando, al grado de que dos de ellos llegaron á dormirse, hasta que empezó á llover. A las primeras gotas la cuadrilla íntegra con todo y gendarmes buscó refugio en un zaguán, y se echó á descansar, los gendarmes hicieron con los pisones y sus capotes dos poltronas mecedoras para bendecir cómodamente á Neptuno. En las veces que pude observar á la soñolienta cuadrilla, durante los tres días que han empleado, en llenar cinco hoyancos, he contado lapsos de inercia general en toda la cuadrilla hasta de tres cuartos de hora. Este era el tiempo que mediaba regularmente entre el último martillazo, y la llegada de la carreta. La cuadrilla ha permanecido cerca de tres semanas en solo la calle mencionada, que ha quedado á medio componer siendo así que ha habido tiempo y brazos para empedrarla toda.

Esta manera de ganar un jornal, se hace más notable, para quien haya podido estudiar la distribución y subdivisión del traba-

jo, de tal manera que se evite todo lapso de inercia entre los operarios. Probablemente como ésta deberán estar distribuídas en la ciudad muchas cuadrillas, consumiendo un caudal diez veces superior al trabajo que emplean, pues esas cuadrillas obrando por su propia inspiración, ó desobedeciendo una consigna, ó modificando las instrucciones que reciben, sin sobrestante entendido y práctico que las dirija, no pueden dar el resultado que se propone el ayuntamiento, cuyos loables esfuerzos por resolver el insoluble problema de las necesidades de la ciudad lucha todavía con esa tendencia proverbial de nuestros perezosos albañiles *á matar el sapo*.

